



Ida
Vitale

DE PLANTAS Y ANIMALES

Premio Cervantes 2018

TUSQUETS
EDITORES

Ida Vitale
DE PLANTAS Y ANIMALES

1.ª edición: abril de 2019

© Ida Vitale, 2019

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-675-3
Depósito legal: B. 6.088-2019
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

INTENCIÓN	13
NUESTROS PRÓXIMOS, LOS ANIMALES.	19
LA ECOLOGÍA.	25
LAS SOCIEDADES PROTECTORAS DE ANIMALES	28
ANIMALES Y LITERATURA	31
ANIMALES FABULOSOS	39
ALGUNOS MONSTRUOS	45
GATOS	52
Y, SOBRE TODO, <i>Ti Fu</i>	63
PERROS	68
<i>MACEDONIO FERNÁNDEZ</i>	79
ZORROS	85
LOBOS	90
VACAS	92
CABRAS	97
CABALLOS.	100
ASNOS Y MULAS.	113
DELFINES Y MANATÍES	119
MORSAS (Y ANGUILAS).	127
BALLENAS, LOBOS MARINOS: LIGERO ENFOQUE	129
ARDILLAS	133
ERIZOS.	137
RATONES	143
NUTRIAS.	147
ANIMALES EN LONDRES	151
AVES	156
ÁGUILA.	162

ALONDRA	165
AVESTRUZ	167
CIGÜEÑAS	172
COLIBRÍ	175
CUERVOS Y GRAJOS	182
PAROS	185
GALLINAS Y GALLOS	188
GAVIOTAS	192
LOROS	194
PALOMAS	198
ÚRRACAS	207
SERPIENTES	210
CAMALEÓN	215
SAPOS	218
RANAS	225
CARACOLES	230
ARAÑAS	235
MARIPOSAS	244
MOSCAS	249
LANGOSTAS VERDES Y SALTONAS	252
FÓSILES	256
EL MUNDO VEGETAL	259
ÁRBOLES	268
JARDINES	289
CRISANTEMOS	298
DALIAS	300
MALVONES	302
ROSAS	305
ÍLANG-ÍLANG	309
CEBOLLAS	312
CEBOLLAS COMO ATAÚDES	316
FRIJOLES BAILARINES	318
HONGOS	321
LA OPOSICIÓN	325
FINAL	329
BIBLIOGRAFÍA	331

Nuestros próximos, los animales

J.H. Fabre, al margen de la academia y sin auxilios materiales, dedicó su vida al estudio de los insectos y de sus costumbres, desde los más comunes —hormigas, arañas, escarabajos, etc.— hasta algunos de apariciones menos asiduas en nuestra vida. Trabajó en un siglo, el XIX, que vio a la vez las labores de otros pioneros, que buscaban especies nuevas en zonas semisalvajes, por encargo de zoológicos y de jardines botánicos. Estas actividades, aunque comerciales, ampliaron de modo imprevisto los horizontes científicos: la conducta de los animales, desde los más exóticos a los más familiares, ofreció un nuevo y dinámico campo de investigación.

Ya no cabe confundir la psicología de los animales con la de sus propietarios, como haría la célebre y prolífica retratista Vigée-Lebrun en unas presuntas memorias paródicas que Colette le inventa: al encargarle un imaginario príncipe ruso su retrato, aquella resuelve

[...] reunir con él, sobre la misma tela, a la princesa, a sus once niños [...], su caballo preferido, dos perros y un casal de palomas domésticas, animales que la natu-

raleza generosa parecía haber colmado, como a sus nobles amos, de todos los dones del espíritu y del corazón.

Las distintas posiciones de los psicólogos determinaron las actitudes de los estudios de los animales. El conductismo, que hoy reina en la academia estadounidense, ocupó el nuevo campo de la actividad animal.

Reconocer la importancia de la comunicación entre los animales trajo a primer plano el tema de lenguaje y la posibilidad de comprensión entre ellos y el hombre; no es un tema nuevo. Melampo, dios menor entre los griegos, era capaz de hablar con los animales; no Orfeo, que los atraía con la música. Relatos legendarios de diversas culturas abundan en dones mágicos, anillos o talismanes que permiten comprender el canto de un pájaro que anuncia un peligro, advierte algo, recomienda un próximo paso. Las más remotas tradiciones nos acercan a un tiempo infinitamente distante, cuando todos los seres habrían estado dotados con el poder de comunicarse.

Avances científicos en terrenos auxiliares, como la computación, amplían, es obvio, las posibilidades de los estudios sobre la comunicación. A la vez, los progresos de la genética se disparan, dándole la espalda a lo que de espiritual podrían guardar aquellos progresos en la comunicación entre el ser humano y algunos de sus compañeros sobre la tierra. El conductismo, que permitió ampliar materialmente esos estudios, insiste desde sus premisas en ponerle límite a las conclusiones que podrían alcanzarse, y a veces

entrevé un conocimiento interior, fuente difícil de precisar, no de intuir.

Los animales nacidos en cautiverio adquieren una asombrosa capacidad de comunicación con los cuidadores que se han ganado su confianza; los delfines y ciertos grandes monos llegan a aprender símbolos que equivalen a conceptos y a palabras. Se recibe cada vez más información de quienes pasan su vida entre animales en los zoológicos. Una viene del de Columbus. *Fossey*, bebé gorila nacido en cautiverio (así llamado en memoria de Diane Fossey, la estudiosa de gorilas asesinada en Ruanda), amamantado con descuido, tenía la cara cubierta de leche. La cuidadora, sin pensarlo, lo dijo, y fue la primera sorprendida cuando la madre de *Fossey* se lo acercó a la reja para que lo limpiara. Otro caso, más notable, trata de un bebé gorila enfermo que requería una inyección que los gorilas detestan. Sin embargo, la madre comprendió que su cría estaba enferma y, confiando en sus cuidadores, la acercó a la reja para permitir que la inyectaran. En el primer caso, pudo haber comprensión de ciertas palabras habituales, como *dámelo*. En el otro, el instinto maternal que, en estos casos, elige la confianza.

Dieter Plage, dedicado a filmar escenas de la vida natural, registró una historia notable ocurrida en la India. Ante la crecida de un río, una leopardo hembra abandona a nado su guarida para llevar en el hocico a sus cachorros, en dos viajes sucesivos, hacia la otra orilla. Allí vive un conocido conservacionista, B. Arjan Singh, que había criado felinos, entre otros a *Harriet*, la leopardo. Entonces *Harriet* se refugia en la cocina de su examo, que, elevada, le ofrece seguridad.

Cuando intuye que la subida del río ha terminado, intenta volver a su cueva. Pero la fuerza de las aguas la disuade de hacer sus dos cruces a nado, así que, con un cachorro en el hocico, sube al bote de Singh, como cuando pequeña, y espera a que este la lleve de regreso a su cueva.

Los orangutanes se especializan en escapar de sus jaulas, gracias a su fuerza o a la astucia con que se ayudan inventando herramientas, tanto que a menudo se recurre a ellos para probar si las jaulas son seguras para otros monos. Para recapturar a uno, hubo que dormirlo mediante un dardo. Pero o despertó demasiado pronto o los encargados de encerrarlo no estaban prácticos y el dardo se le quedó en el brazo. Por horas trató de sacárselo él mismo, ya que su cuidadora solo podía hacerlo con una pinza que lo espantaba. Al fin, después de reflexiones serias, acercó el brazo a la reja. Con el otro se tapaba los ojos, desviando la cabeza como un niño en similar trance.

La cuidadora de *Molly*, una gorila enferma, debía ponerle un termómetro de banda, de los que se colocan en la frente. Probó ponérselo a sí misma. Luego sin saber bien cómo hacer para colocárselo debidamente a la enferma, se lo puso en un pie, que era lo que tenía cerca. *Molly* se lo quitó de allí y se lo colocó donde correspondía, y luego, cuando era hora de registrar su temperatura, lo entregó: ¿imitación o comprensión?

Quienes están o han estado cerca de caballos suelen tener observaciones sobre la comunicación, las respuestas, las actitudes, que traducen sentimientos que, de darse en un ser humano, se considerarían an-

ticipaciones o intuiciones. También de otros animales hay historias que solo sorprenden a quienes se asoman a ellas por primera vez: ejemplos de sentimientos extremados de afecto hacia su descendencia, sus amos, sus cuidadores o hacia otros animales, a veces de animales normalmente incompatibles.

Hay casos llamativos entre los animales adiestrados para acompañar a ciegos o que se emplean, cada vez con más frecuencia, para que ancianos acosados por la soledad o por la obligada convivencia con extraños en un asilo mantengan el interés en la vida. Como enfermeros especialmente sensibles y afectuosos, gatos o perros reparten su apego entre varios ancianos. Una rara perceptividad les hace sentir la declinación de alguno; lo demuestran no apartándose de él. ¿Registran un olor distinto, un cambio de temperatura? ¿Hay una comunicación mental?

Mi hija tiene dos perros labradores, macho y hembra, cuya psicología difiere. *Odiseo* es el cachorro eterno, cariñoso, expansivo e inoportuno, al que es difícil enseñarle algo, en parte porque tiene demasiados dueños. *Melania* es tímida, adora a *Odiseo* hasta el punto de no comer si es echado fuera, y entiende, me parece, todo. Es mi favorita, pero se me resiste. Cuando llego, *Odiseo*, que ha alcanzado un peso respetable, me salta encima con todo cariño. Debo frenarlo para que no me tire al suelo. Él no entiende; *Melania*, sí, y no se acerca por más que la llame. Hace tiempo jugando junto a un ventanal, golpearon contra un vidrio que se desplomó. Era la peor noche del invierno. Pasamos más de una hora colocando un gran plástico que remediara el problema hasta conseguir un vidrie-

ro. Los culpables, asustados, se habían quedado quietos tras unos sillones. Fui la primera en sentarme. *Melania* se acercó y puso la cabeza en mi falda. Al acariciarla vi sangrar una herida en el lomo, entre el brillante pelo negro. Una astilla de vidrio le había caído de punta. Se quedó quieta en la misma posición mientras la curábamos. Su inteligencia la llevó hacia quien ya podía atenderla. Pese a su timidez y a nuestra —digamos— falta de intimidad.